

Desaparecidos

COLECCIÓN
Las Hespérides

TIM GAUTREAUX

Desaparecidos

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN

2024

Título original
The Missing
Traducción del inglés
José Gabriel Rodríguez Pazos

© De los textos: Tim Gautreaux
© De la traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Madrid, marzo 2024
De la primera edición: Enero 2009, Knopf
Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición
Esta edición ha sido publicada en acuerdo con Sterling Lord Literistic y MB Agencia Literaria

ISBN: 978884-18657-511
DL: M-1802-2024

Diseño de cubierta: La Huerta Grande
Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2, 28108 Alcobendas, Madrid
Impreso en España/*Printed in Spain*
Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*A mi padre,
Minos Lee Gautreaux,
que me inculcó el amor a los niños y a los barcos de vapor*

Capítulo uno

Sam Simoneaux estaba apoyado en la barandilla de cubierta, cuando su teniente se acercó a él a duras penas, en medio de un viento impetuoso y húmedo que lo obligaba a agarrarse a trincas, garruchas y volantes de válvula.

—Malas bodegas, ¿eh? —gritó el teniente contra el viento.

—Así es. Apestan demasiado, como para poder comer ahí.

—Tienes acento. ¿De dónde eres?

A Sam le daba pena el teniente. Intentaba ser popular entre sus hombres, pero ninguno era capaz de imaginar a aquel pálido espárrago sacado de una granja de Indiana al frente de nada en una batalla.

—Creo que no tengo acento. Pero usted sí.

El teniente lo miró sorprendido.

—¿Yo?

—Sí. Donde yo me crie, en el sur de Luisiana, nadie habla como usted.

El teniente sonrió.

—Entonces, todo el mundo tiene acento.

Sam observó el agua pulverizada que chocaba con las claras pecas de aquel hombre y pensó que en una niebla densa sería casi invisible.

—Usted se crio en el campo, ¿no?

—Así es. Mi familia se mudó desde Canadá hace unos veinte años.

—Yo también crecí en el campo, pero pensé que podía aspirar a más —gritó Sam—. La mujer que vivía al otro lado de la carretera tenía un piano y me enseñó a tocar. A los dieciséis años me fui a Nueva Orleans para estar cerca de la música.

Una potente ráfaga hizo que el teniente se inclinara.

—Yo pensaba igual que tú. No soy capaz de lanzar las pacas de hierba lo suficientemente lejos como para dedicarme al campo.

—¿Cuántos días más vamos a tardar en llegar a Francia?

—El coronel dice tres, el capitán, dos, el piloto, cuatro.

Sam asintió.

—Nadie se entera de lo que pasa, como siempre.

—Bueno, es la gran guerra... —dijo el teniente.

Vieron entonces cómo una enorme ola subía por el oxidado flanco del barco y rompía sobre la cubierta de abajo, sepultando a los soldados de una dotación de ametralladora, acurrucados en el nido de sacos terreros que se habían hecho. El agua arrasó a los hombres a la cubierta, donde se deslizaron sobre sus panzas entre la espuma.

Los días que siguieron fueron un calvario de mala mar, bandazos y olas que rompían contra el barco y los ojos de buey haciendo que parecieran cristales rotos. Dentro del barco, Sam dormía entre miles de hombres quejumbrosos que no paraban de gemir y suspirar, pero las horas que estaba despierto las pasaba en cubierta, acompañado a veces de su amigo Melvin Robicheaux, un tipo bajo y fornido de las afueras de Baton Rouge. El 11 de noviembre de 1918, el vapor dejó el peñascoso Atlántico y atracó en Saint-Nazaire, donde los muelles estaban atestados de gente que los vitoreaba, bailaba o corría frenéticamente en círculo.

Robicheaux señaló hacia abajo, más allá del oxidado costado del barco.

—¿Por qué están todos bailando? Todos van con su botella de vino. ¿Tú crees que se alegran de vernos?

Los remolcadores y las locomotoras de los muelles hacían sonar sus silbatos y los pitidos atravesaban la delgada nube de humo de carbón que flotaba sobre el puerto. Mientras observaba las celebraciones, Sam se enorgulleció de que lo vieran con su fusil. Los franceses mostraban una alegría frenética por la llegada de su liberación. Sin embargo, cuando los remolcadores silbaron y empujaron el barco contra el muelle, tuvo la impresión de que la fiesta no era por aquel cargamento de soldados, sino por un acontecimiento más importante.

Cuatro mil soldados bajaron al muelle, y cuando todos estuvieron formados bajo los cobertizos de carga, a resguardo del viento, un coronel se subió a una pila de cajas de munición y les anunció con un megáfono que se acababa de firmar un armisticio y que la guerra había terminado.

Muchos estallaron en una ovación, pero algunos de los jóvenes reclutas parecían decepcionados porque no iban a tener ocasión de dispararle a nadie. Las armas que llevaban colgadas, la munición apilada a su alrededor en cajas de madera, los cañones que las grúas seguían descargando entre resoplidos..., de pronto todo se había vuelto redundante. Sam empezó a pensar qué contaría a sus amigos cuando volviera a casa sobre su experiencia de guerra. Los trofeos más valiosos de la guerra eran las historias, pero esta historia solo iba a producir risas burlonas.

Robicheaux lo tocó en la espalda con la punta de la vaina de su bayoneta.

—Esto es como aquella vez que intentaste trabajar en la tienda de Stein, ¿eh?

—¿Qué?

—Stein, el de la zapatería.

—Ah, sí, supongo que sí.

Había intentado durante dos semanas entrar a trabajar en el Shoe Emporium de Canal Street, pero a la mañana siguiente de que el anciano decidiera contratarlo, cuando Sam llegó a trabajar, se encontró una corona funeraria en la puerta y una nota que informaba del fallecimiento de Solomon Stein y del cierre de su tienda.

Permaneció junto a sus compañeros durante una hora con un extraño sentimiento de no ser necesario, mientras los oficiales pensaban en qué hacer con todos aquellos soldados y sus toneladas de equipamiento. El punto fuerte de Sam era la paciencia o, al menos, la capacidad de esperar a que algo bueno sucediera; así que continuó allí de pie, viendo cómo los civiles gritaban jubilosos y los hombres que lo rodeaban rezongaban y decían que lo que había que hacer era volver a embarcar y a sufrir cuanto antes el vaivén del barco que los llevaría de vuelta a Nueva Orleans. Hacía frío y tenía hambre. Después de bastante tiempo, aparecieron unos muchachos empujando carretillas de comida, y le dieron a cada uno un minúsculo panecillo de pan duro con una loncha de queso que asomaba como una pálida lengua. Después los hicieron marchar unos siete kilómetros, hasta que llegaron al límite de la ciudad, donde instalaron sus tiendas en un descampado que, a juzgar por los tocones y las estatuas de bronce, debía de haber sido en tiempos un parque muy cuidado. Una brisa heladora corría por un bulevar y desembocaba en el campamento, y Sam se abrochó el botón de arriba de la guerrera y se cerró el tabardo. Nunca había sentido un viento tan frío en su vida.

Estaba seguro de que esa noche iba a morir congelado. Robicheaux, su compañero de tienda, estaba echado en su catre y no paraba de hablar.

—Eh, Simoneaux, yo estoy pensando en un fuegucito y en un par de patatas calentitas en los bolsillos. ¿En qué piensas tú?

—Estoy pensando en todos esos carteles de reclutamiento. Hacían que pareciera que esto de alistarse era una buena idea —dijo con tristeza.

—A mí me gustaba aquel del teutón abusando de las mujeres belgas.

Sam levantó la cabeza del catre y lo miró.

—¿Te gustaba?

—Quiero decir que me ponía enfermo. Hacía que me entraran ganas de venir aquí a ayudarlas.

—Querías que las belgas te estuvieran agradecido, ¿eh?

—Pues claro.

Sam se cubrió la cabeza.

—A veces pienso en la música. Antes de alistarme, yo era dependiente de Gruenwald's, y nos llegaban todas esas partituras llenas de sol: «Over There», «Somewhere in France is Daddy»... o aquella de bajar la cabeza, «Keep Your Head Down, Fritzie Boy».

Robicheaux se sorbió la nariz.

—No pensaste en que ibas a tener que bajar la cabeza para meterla entre las piernas y que no se te congelaran las orejas y se te cayeran a trozos.

—Por ahora —dijo Sam distraídamente—, esto no está siendo una alegre canción.

Antes de dejar su casa, la guerra le había parecido un vistoso musical, un alegre foxtrot en clave de do; pero la travesía en el Alex Denkman había cambiado todo aquello. El Denkman era una máquina de marear: carbón como combustible y casco de fondo redondo, tan oxidado que el gobierno había decidido que no le hacía falta pintura de camuflaje. Un muchacho del pueblo de Sam había muerto de una apendicitis durante el viaje y habían arrojado su cuerpo al mar después de la protocolaria oración. Sam y varios soldados de Luisiana observaron desde la cubier-

ta de popa, bajo copos de nieve que arrastraban las ráfagas de viento, cómo el cuerpo envuelto en una sábana se mecía en la estela del barco y se resistía a hundirse. Parecía que el cadáver no encontrara su sitio en aquella agua gélida y plomiza e intentara dejarse arrastrar hacia la tierra cálida de una tumba de Luisiana. Era un Duplechen, hijo de un ganadero cenceño y menudo que tenía muy buenas mulas. Sam conocía a su padre y podía imaginar su dolor, el sitio vacío en la mesa y aquel lazo roto para siempre. Comparado con eso, el frío del campamento le pareció una incomodidad menor, así que se giró sobre el costado y se quedó dormido.

Una mañana, después de una semana acampados entre estatuas, vio llegar un grupo de oficiales en un vehículo descubierto. Su misión era seleccionar pelotones de diez hombres para que fueran a París a trabajar en hospitales. Sam se ofreció voluntario y lo encargaron de custodiar un dispensario de narcóticos. A veces tenía que atravesar las salas llenas de camas para llevarle una dosis de morfina a una enfermera, y lo que allí vio hizo que envejeciera varios años. Las amputaciones, los gemidos y el olor a infección y enfermedad eran la prueba de lo poco que sabía de la atrocidad de la guerra. Al final de la jornada se sentía muy poca cosa.

A veces, él y sus compañeros de contingente iban a un café que tenía un piano muy malo, y Sam tocaba durante una hora sin parar. Los hombres no hablaban de las cosas que habían visto en las salas, porque las palabras se quedaban cortas. Sam tenía miedo de que hablar sobre aquello grabara las imágenes en su cabeza para siempre. Todos trabajaban en el ala donde se alojaba a aquellos que estaban demasiado mal como para poder moverse, y este era un recinto tan grande que entre los diez no habían visto ni la mitad, y mucho menos los demás edificios que formaban el complejo hospitalario. Había hospitales franceses.

Hospitales ingleses. Hospitales americanos. Nada de lo que se veía en los patrióticos carteles dejaba entrever las mandíbulas reventadas, los ojos abrasados o los temblorosos tubos de goma negra por los que se drenaba el pus.

Como Sam hablaba francés cajún —que a los parisinos les parecía un francés sureño del siglo xvii mal hablado—, le pidieron que hiciera de rudimentario intérprete. Pero todos los franceses a los que se dirigía enarcaban las cejas, observaban su plácida expresión y le preguntaban de qué colonia venía.

En enero, fue relevado de sus funciones en el hospital y enviado con ocho paisanos de Luisiana a limpiar el campo de batalla de Argonne, bajo las órdenes del teniente de Indiana. Cuando les dijeron que iban a un bosque, Robicheaux agitó el fusil y dijo: «¡Cojonudo! Quizás podamos matar algún ciervo y comer nos una buena carne». Pero días después, cuando se bajaron de la embarrada caja del camión, lo que vieron fue un paisaje de muerte, vitrificado por el hielo, convulso por los cráteres de los proyectiles, salpicado de árboles destrozados y sembrado de chatarra: vehículos acribillados, carros de combate volcados y todo tipo de pertrechos cubiertos de escarcha. Les habían dado un mapa, donde estaba marcada el área de tres kilómetros cuadrados que tenían que peinar.

Sam salió del camino y su bota atravesó una capa de hielo y se hundió en un fétido arroyo. La sacó y se volvió hacia el teniente —alto, ojos claros, ausente—, en cuya cara de chiquillo del Medio Oeste se reflejaban la obediencia y la confusión.

—Señor, ¿qué esperan que hagamos exactamente?

El teniente apoyó un pie sobre una ametralladora refrigerada por agua.

—Parece una cosa sencilla. Quieren que busquemos todo aquello que pueda ser peligroso y lo detonemos.

Tenía una voz atiplada y Sam recordaba haber escuchado que tenía estudios y que nunca había estado en combate. Todos miraron a su alrededor, a aquel inmenso campo de batalla, incapaces de entenderlo. A pesar del frío, la tierra despedía un intenso hedor, y por todos lados se veía alambre de espino oxidado.

Organizaron una especie de campamento, con una pequeña tienda de campaña para las provisiones, y dos horas después de su llegada, oyeron que alguien se aproximaba. Apareció entonces la cabeza de un soldado de infantería por la parte de arriba de una empinada cuesta; después apareció el resto del cuerpo y vieron que la mano derecha tiraba de las riendas de cinco caballos ensillados. El soldado caminó lenta y pesadamente, como si fuera un caballo más, por los restos de la antigua carretera, hasta que llegó a la altura del camión y se detuvo.

—Tengo órdenes de entregarles estos animales —dijo arrastrando las palabras.

—¿Y para qué? —preguntó el teniente.

El soldado se encogió de hombros.

—A todos los pelotones de artificieros les asignan caballos.

Sam señaló con un gesto la devastación de aquella tierra de nadie.

—No pretenderán que los montemos entre ese caos, ¿no?

—¡Buena idea! —exclamó el teniente, al tiempo que se le iluminaba el semblante. Despidió al soldado, cogió las riendas y las amarró a las barras laterales del camión—. Montado en el caballo será más fácil ver los proyectiles. Eso es a por lo primero a por lo que hay que ir. Los proyectiles grandes. Podemos apilarlos y explosionarlos. —Señaló la caja del camión—. Tenemos una detonadora, cable eléctrico y cajas de dinamita.